

PAIS
PORTATIL

GUIÓN CINEMATOGRAFICO:
IVAN FEO Y
ANTONIO LLERANDI

SOBRE LA NOVELA ORIGINAL
DE ADRIANO GONZALEZ LEON

LETRAS Y COMUNICACION
MERIDA VENEZUELA
1991

Introducción

En PAIS PORTATIL, el personaje central debe cumplir una acción política importante y para ello atraviesa la ciudad. Un viaje urbano que dura una tarde y parte de la noche, se convierte para él en una especie de alucinante pesadilla, en la cual flotan las circunstancias de un pasado inmediato y las sensaciones remotas de su pasado regional, tan remotas que, en su regreso memorioso a la vieja casa familiar se abarca casi un deslumbramiento que va hasta los orígenes históricos. El conflicto está a flor de piel: en la situación precisa de ser actor y espectador al mismo tiempo de la violencia caraqueña de los últimos años. Pero también radica en el enfrentamiento de un orden feudal brumoso y de una herencia cultural pavorosa, con el desquiciante paisaje metropolitano. Para una situación semejante dispuse la estructura en tres planos: una acción que es la simple peripecia por el tráfago ciudadano; un acontecer inmediato que implica la vida de varios personajes en la ciudad; y sucesos en la memoria pertenecientes al pasado feudal trujillano. Los tres planos están entrecruzados y de alguna manera se relacionan entre sí, directa o indirectamente, en las secuencias narrativas. Para cada uno de ellos, de acuerdo a las circunstancias, a las necesidades tonales, traté

de utilizar un lenguaje diferente. Así, el viaje urbano está descrito en términos de simultaneidad y con el propósito de que las palabras contribuyan a formar la idea de una trepidación angustiosa. Las historias inmediatas se presentan de una manera lineal, respetando todas las fórmulas convencionales. Y el pasado remoto se muestra con la carga de inflexiones, giros peculiares de la sintaxis, voseo, frases hechas y peculiaridades del habla provincial.

Adriano González León

1957 *Habitación de Salvador. Interior. Tarde*

(Lentamente aparece la habitación de Salvador Barazarte. Aquello, más que una habitación, parece el derruido desván de un anticuario. Predominan los ocres, amarillos y marrones, que dan al cuarto una sensación de atardecer permanente. Todas las paredes están cubiertas de fotos, papeles y objetos. Un retrato de Ezequiel Zamora, una espada herrumbrosa, una corneta, algún telegrama. Un secreter con antiguos libros y documentos, muchas fotos de la familia. Revólver, lentes cubiertos de polvo, una lámpara como la de Aladino. Una bacinilla y una pieza de dominó que parece haber estado allí, en el suelo, toda la vida. En el centro de la habitación, sentado en su mecedora, como otro antiguo objeto más, Papá Salvador, ancianísimo y con un lamentable aspecto de abandono, recibe por la espalda, un escuálido haz de luz que penetra por el único postigo abierto de la ventana.

Salvador, como saliendo de un sueño, comienza a hablar con una voz trémula y lamentable dificultad, a alguien que, obviamente, no está presente).

SALVADOR: *¿Qué te hiciste, León Perfecto, dónde estás? . . . Ven, acércate, acércate. (Casi llorando.) ¡No, no, no, no, no, no me reclames, no me reclames ni me echas la culpa a mí de la ruina, León Perfecto! No, no. . . Yo soy un viejo tullido que se mea en los calzones y que se traga los gargajos porque ya en esta casa ni la escupidera le traen a uno. . . Por ahí han venido unos duendes a molestarme. . . Cuando me traen la taza de guarapo y yo me la voy a tomar, cae tierra de arriba. . . Cuando me voy a dormir, ellos*

empiezan con una musiquita como de serrucho o de alambre frotado, que no me deja dormir. (Bajando la voz, como una confidencia) Estoy seguro que alguno de ellos carga un tambor por la bulla que hace. . . (Enérgico) ¡Pero yo le digo a esos duendes, que mi nieto, Andrésito, los va a joder!

(Lentamente, la imagen de Salvador en su cuarto, desaparece, hasta quedar todo en negro.)

1978 Urbanización caraqueña Exterior. Día

(Desde negro comienza a aparecer, lentamente, una vista de la ciudad de Caracas, tomada, seguramente, desde alguna azotea. Recorreremos la ciudad y bajamos hasta la puerta de un edificio. Por ella sale Andrés Barazarte portando un maletín mediano, a cuadros escoceses. Andrés Barazarte es un joven de 28 años aproximadamente, viste de manera convencional y su aspecto general es el de alguien que no tiene ninguna dificultad en pasar desapercibido. Su actitud, sin embargo, denota una preocupación que a duras penas podrá disimular. Andrés camina y atraviesa varias calles hasta llegar a una parada de autobús. Monta en uno y se ubica en el penúltimo asiento de la fila derecha, asiento que queda enfrentado a otro, y en el que una mujer observa con curiosidad al recién llegado y su maletín. Andrés elude las miradas de la joven. El autobús está a medio llenar y transporta a un grupo bastante heterogéneo de pasajeros en actitudes también diversas. Andrés Barazarte queda pensativo. Evidentemente recuerda.)

1957 Campos cercanos al Higuerón, Exterior. Tarde.

(Aproximadamente de 8 años y llevando un pequeño paquete en las manos, Andrés Barazarte baja corriendo por los cerros y caminos de una zona de atractiva y solitaria vegetación. El niño disminuye su carrera a veces y parece observar la inminente caída de la tarde. Corre y de pronto se detiene. Descubrimos que ha llegado a la vieja casa de hacienda. Un carcomido letreiro identifica a la aún más derruida casona como "El Higuerón". Una suave y dramática expresión de seriedad y angustia se dibuja en el rostro

de Andresito: una mecedora vacía, que oscila suavemente en el desolado corredor de la hacienda es un triste presentimiento. Andresito camina lentamente hasta enfrentar la mecedora. Allí permanece unos segundos viéndola, sin decidirse a hacer. Por último, sube los cortos escalones que conducen a la casa. En la penumbra del corredor interior, una puerta abierta deja escapar un compacto haz de luz. Andresito se dirige hacia allí. Una mesita con un cristo, velas encendidas y algunas violetas, parece incrustada en las desnudas paredes de la infeliz habitación en donde el abuelo Salvador reposa muerto. Una sábana lo cubre hasta el pecho, y sobre éste, un crucifijo que parece enmarcar el sereno rostro del viejo. Andresito se acerca al pie de la cama y lo observa con el mismo gesto con que antes ha visto la mecedora vacía. El paquetico, que lleva todavía en sus manos, es casi un estorbo ahora. Suavemente lo deposita a los pies del viejo a quien pareciera no querer despertar. Allí permanece por unos momentos, en silencio. Una mujer, la tía Hortesia, lo sorprende mirando el cadáver y, suavemente, lo toma por los hombros.)

HORTESIA: *Venga, sálgase, Andresito.*

(Y lo saca de la habitación. La mecedora se mueve por el aire inofensivo de la tarde. Andresito sale y se detiene junto a ella. Mira el paisaje que le inunda de amarillos el rostro. Como queriendo no dejar de mirar, tal vez imitando la manera adusta del viejo muerto, Andresito se sienta lentamente en la mecedora. Se mece entonces, como intentando poner en marcha algún recuerdo: y el recuerdo lo asiste cuando comienza a oírse la voz cariñosa y fuerte del abuelo:)

SALVADOR: (OFF) *Y por eso, Andresito, uno nunca sabe cuándo va a tener que sacar polvo y meter aceite en las carabinas. Porque los alzamientos, Andrés, no se avisan, vienen solitos, y cuando tú te das cuenta, ya basta montado a caballo estás...*

Fines de siglo. El Higuerón. Exterior. Día.

(La voz de Salvador continúa oyéndose por sobre las

nuevas imágenes. Aclaran el carácter de lo que está ocurriendo.)

SALVADOR: (OFF) ... *Yo era un muchacho, un cajito, una ñinga más grande que tú, cuando por primera vez vi un alzamiento de papá...*

(Vemos a un niño de casi once años jugando con una enorme perinola en el patio exterior, ahora nuevo y cuidado, del Higuierón. Unas voces lo sobresaltan y sale corriendo hacia el interior de la hacienda.)

SALVADOR: (OFF) ... *tu bisabuelo el doctor y general Epifanio Barazarte, esa vez se alzó para pararle el trote a unos godos. Era que papá iba a juntarse con otro general, liberal, lagartijo: el general Marcial Briceño, ¡un bravo macho como no lo había desde Zamora!*...

(Un hombre fuerte, maduro y enérgico pasa por donde antes jugaba el niño Salvador. Imparte órdenes a dos peones que lo acompañan y ahora a los otros que encuentra en el patio de la hacienda. Varios hombres se mueven presurosos llevando útiles de labranza.)

EPIFANIO: *¡Argimiro, apéreme las bestias! (Y a otro peón, veloz) ¡Blanco Ernesto vaya a desenterrar las armas de la ceiba!*

(La hacienda se convierte en un corre corre. Salen varios hombres cargando fusiles, los niños observan admirados. Epifanio se mueve de un lugar a otro dando órdenes.)

EPIFANIO: *¡Martina, ande y saquese tres sacones de barina y que Julio los disponga!*

(De la casa sale un joven corriendo. Tiene aproximadamente 20 años.)

LEON PERFECTO: *¡Papá, ¿qué es lo que pasa?!*

EPIFANIO: (Jaquetón) *¿Cómo que qué es lo que pasa? ¡Que nos alzamos, carajo...!*

LEON PERFECTO: (Da un brinco de alegría y entra

corriendo a la casa.) ¡*liüpa!*

(Un jinete entra al patio de la hacienda, sortea a los peones que hacen los preparativos, y se acerca a Epifanio. Es, por su indumentaria, un soldado de montonera.)

SOLDADO: (Sin desmontar) *¡Mi general, le manda a decir el general Briceño que lo espere a las tres en la Hoyada... y que no le falte!*

EPIFANIO: (Socarrón, reído.) *¡Dígale a mi amigo el general Briceño, que el doctor y general Epifanio Barazarte nunca ha despreciado una gentil invitación y tiene fama, muy bien ganada, de ser siempre el que abre el baile...!*

(Hace un gesto al soldado y éste se retira al galope.)

EPIFANIO: (A un peón) *¡Entílleme mi caballo!*

(Epifanio va a dar otras órdenes, cuando advierte a Salvadorcito. El niño observa, algo temeroso, sumido, tal vez, en el escarnio de no ser tomado en cuenta. Epifanio lo ve y se le acerca.)

EPIFANIO: *Salvador, ¡usted ya no es un suto... usted se viene con su papá, a pelear fuego y adentro...!*
(Y le lanza su propio revólver.)

(Salvadocirto suelta la perinola y atrapa en el aire el pesado revólver. Se queda mirando fijamente al padre, mientras su propia voz, ya anciana, se oye de nuevo.)

SALVADOR: (OFF) *Y yo me quedé allí, sin saber qué hacer. Un mequetrefe, un comemoco aún, con mi primer revólver en las manos...*

1978 *Autobús. Interior. Día.*

(Vemos a Andrés Barazarte, en el autobús, que parece escuchar las palabras del abuelo.)

SALVADOR: (OFF) *... Pase lo que pase, Andrésito, eso a uno nunca se le olvida...*

(Andrés parece salir de sus recuerdos y volver a la reali-

dad que lo rodea.)

1957 *Habitación de Salvador. Interior. Tarde.*

(En la abigarrada y ya conocida habitación de Salvador, el viejo habla solo.)

SALVADOR: *¡Andrés, nietecito, carajo, usted no me va a salir como su padre: un güevón, comerciante, lambepliso! ¡No, no, usted va a ser militar como su bisabuelo, como su abuelo, como su tío-abuelo: liberal, revolucionario! ¡No, ni usted ni yo somos unos pendejos, Andrés! ¡No sea pendejo y véngase conmigo, véngase con su abuelo a pelear contra los oligarcas! ¡Usted va no es un tute, carajo, véngase con su abuelo, véngase a pelear fuego y adentro con su abuelo...! ¡A joderle el alma a esos godos! (Desesperado) ¡Véngase, Andrés...!!*

1978 *Calle de Barrio. Exterior. Día*

¡Andrés Barazarte, vestido distinto a como lo hemos visto en el autobús, está recostado de un carro. Mira en distintas direcciones como si buscara o esperara que ocurriese algo. La calle es una principal de barrio que desemboca en una amplia avenida. Hacia la intersección, varios grupos de jóvenes conversan, pero nada hace sospechar algo anormal. De pronto, a un llamado, los jóvenes comienzan a corear consignas, a lanzar volantes, a pegar pancartas. Cuatro de ellos sacan revólveres y ametralladoras, y se colocan: abajo en la avenida y arriba, donde la calle cruza en esquina. Andrés, asustado, no se mueve, sin embargo, de donde está y observa lo que ocurre. Algunos pintan con spray las paredes. Otros encienden un par de cauchos cerrando el tránsito por la avenida. Todos corean la consigna: "basta ya de represión". En el grupo de 20 o 25 que corea en el centro de la calle, hay varias muchachas. Andrés sigue observando desde lejos, cuando un joven sube al techo de una camioneta y comienza a dar un mitin. El corneteo, la gente que corre asustada, el humo de los cauchos, hace que aquello parezca un pequeño campo de batalla.)

ORADOR: (Gritando, vehemente.) *¡La situación de hambre en que nos mantiene el presente gobierno, la peor que hayamos vivido en cualquier momento, no puede continuar sufriendola el pueblo, sin asumir una posición de combate! ¡Ha llegado el momento de enfrentar la violencia de los ricos. La creación de comités de lucha en las fábricas, en los barrios, en los liceos, aparece hoy por hoy como una necesidad impostergable...!*

(Se escuchan unos tiros. Es la policía que se acerca. Los jóvenes armados que están en la avenida, responden disparando. Todos, confundidos, corren en distintas direcciones. El orador se lanza de la camioneta.)

ORADOR: *¡Calma, calma, hacia arriba, hacia arriba que allá los protegen!*

(Todos corren por la empinada calle, mientras los jóvenes armados se quedan para cubrir la retirada. Andrés no halla qué hacer. Por último, no le queda otra alternativa que sumarse al grupo de los que huyen, cerro arriba. Al cruzar la esquina se dispersan. Andrés sigue con otros tres. Más adelante queda huyendo solo. Se escuchan tiros y sirenas.

Se cruza de nuevo con otros, trata entonces de meterse en un negocio.)

ANDRES: *¡Un permiso, mi llave...!*

EMPLEADO: (Cerrando violentamente la puerta del negocio) *¡No, no, aquí no se puede aquí...!*

(Una muchacha pasa corriendo y hala a Andrés por la manga. Lo lleva con ella.)

DELIA: *¡Vente, por aquí...!*

(Andrés y Delia continúan corriendo por el barrio, hasta que ella, que en ese momento va adelante, se detiene.)

DELIA: *¡Mira, vamos a entrar como si nada, ¿eh? No me contradigas en nada de lo que diga!...*

ANDRES: *¡Okey!...*

(Suben, entonces, las escaleras de lo que, obviamente, es una casa de vecindad. Delia adelante, entra a una de las habitaciones en cuya puerta reza un letrero hecho a mano: "SASTRE.. SE CORTA Y SE COSE".)

1978 *Sastrería Interior. Día.*

DELIA: (Disimulando cualquier emoción, sonriendo)
Jaramillo, ¿cómo está usted?

(Jaramillo es un sastre colombiano, gordo, cincuentón. La habitación, muy pequeña, está llena de sus útiles de trabajo. Trajes colgados por todas partes. Hay una foto de Gaitán en la pared. Jaramillo complacido, se para al reconocer a Delia.)

JARAMILLO: *¡Hola, mocita, qué sorpresa!, ¿qué hay de nuevo?*

DELIA: *Mire, le presento un amigo (inventando un nombre para Andrés) E... Ezequiel... Jaramillo.*

JARAMILLO: *Mucho gusto, joven.*

ANDRES: *Mucho gusto.*

JARAMILLO: (Invitándolos a sentarse.) *Pero, siéntense, siéntense.*

(Delia y Andrés se sientan. En ese momento, un niño llega hasta la puerta y desde allí le pregunta a Jaramillo.)

NIÑO: *Jaramillo si ya le hizo los pantalones a mi tío.*

JARAMILLO: *No, criatura, dígame a su tío que yo le mando los pantalones esta tarde, váyase. (El niño se retira.)*

(Se oyen unos disparos no muy lejanos. Andrés se sobresalta. Durante todo ese tiempo ha estado tenso.)

JARAMILLO: (Mientras se sienta en el borde de un catre.) *Se han oído sus tiritos boy... (Con malicia.) ¿Ustedes anduvieron por allí?*

DELIA: *Cerca, Jaramillo, cerca...*

JARAMILLO: *Entonces (Señalando a Andrés), el amigo... ¡claro!*

DELIA: *¡Claro, si no no lo hubiera traído aquí!*

JARAMILLO: *Pero está bien asustado el mozo. (Directamente a Andrés, sin dejar de coser un pantalón.) ¿Qué le pasa, joven? ¿Tiene miedo o dudas? (Andrés lo ve sin chistar. Realmente no puede disimular su nerviosismo.) Prepárese, mire que aquí las cosas no hacen sino comenzar. Tres muertos es el saldo de un haurizo en Colombia... (Se entristece, recordando.) Gaitán, ese sí era una berrequera de hombre... y murió en tu ley... (Señala la foto montada, en la pared.) ese era un santo, ala.*

(Delia y Andrés han escuchado al sastre sin interrumpirlo.)

Jaramillo se da cuenta de que quizás no es el momento para ponerse dramático. Por eso cambia el tono y el tema del discurso.)

JARAMILLO: *¡Buena, voy a servirles un tinto!*

(Cuando Jaramillo se para, suenan nuevos disparos. Andrés, literalmente, brinca en la silla.)

JARAMILLO: (Tranquilizando a Andrés, preparando el café.) *Esos son tiritos, ala. Miren, cuando el bogotazo, yo estaba en plena carrera séptima viendo pasar camiones y camiones llenos de cadáveres. Después tuve que pasar la frontera porque en toda Colombia no había un sitio seguro para los liberales. Dicen que ahora es diferente, que las cosas han cambiado, pero yo no creo. Yo creo que todo sigue igual, alguna componeda habrán hecho y si Gaitán resucitara, ¡de seguro que tendría que volver a morirse!...*

(En ese momento, Delia, que conoce hasta cuándo puede estar hablando Jaramillo sin parar, casi le interrumpe.)

DELIA: *¿Por qué no se asoma un momentico a ver si*

nos podemos ir con cuidado?

JARAMILLO: Bueno, como no, hija. Por mi no hay problema en que se queden porque así les charlo. Pero ustedes son los que saben. (Se va hacia un escaparate de donde toma el paltó.) Déjenme ir a ver. (Ya saliendo.) *Sírvanse el cafecito, . . .*

(Jaramillo sale y Delia respira. Se para a servir el café.)

DELIA: *Jaramillo es un buen amigo. A veces deja que alguien se quede aquí a dormir, y a veces me guarda propaganda. . .*

ANDRES: (Intencionadamente) *¿Qué propaganda?*

DELIA: (Sirviendo el café, con aplomo y una actitud algo retadora, responde.) *De la que viste que tiraban en la manifestación, de esa. (Piensa un poco) ¿Qué estabas haciendo tú ahí? Yo te vi antes de los tiros y después te vi corriendo. Se te veía clarito que no sabías para dónde coger. (Va hacia Andrés, le da una taza de café y se sienta junto a él.) ¿Tú no eres de aquí, verdad?*

ANDRES: (Ahora un poco más sereno, prueba el café) *No, yo soy del interior. Bueno, yo tengo dos años acá pero todavía no lo . . . no lo conozco bien todo. (Carraspea.) Un compañero de la universidad me dijo que . . . que iba a haber esto y me vine a verlo por . . . por curiosidad . . . De repente comenzó la plomamentazón . . .*

DELIA: *Entonces, tú estudias en la universidad. . . .*

ANDRES: (Nervioso) *Sí. . . (Se ríe) ¿No parece, no? (Se ríe) sí, estudio. . . Estudio Derecho. . . ¿Tú estudias en la universidad también, no?*

DELIA: *Sí, Sociología. . . (Pensando) Fíjate, yo creo que te he visto antes. . . Debe ser de la universidad.*

ANDRES: (Sorbiendo el café, mucho más tranquilo) *Sí. . . debe ser de la universidad.*

(En un auditorio de la universidad, un joven hace un encendido discurso. Es época de elecciones y todo el sitio está cubierto de afiches y pancartas con consignas alusivas a las diferentes planchas: vota 7, 13, etc. "Unidad para vencer" "No a la abstención" y otras muchas de corte similar. La mesa de debates, sobre el escenario, también está tapizada de propaganda.)

ORADOR: *¡Compañeros, yo tengo que hacer una denuncia ahora que me dieron la palabra. Yo vine aquí, al igual que la mayoría de ustedes, a esta asamblea, a discutir la expulsión, las expulsiones hechas injustamente contra un grupo de compañeros en la mañana de ayer. ¡A eso vinimos, a ver cómo se respondía a esa agresión hecha al movimiento estudiantil! (Ahora más agresivo) ¡Pero yo denuncio que aquí ha habido una maniobra para convertir esta asamblea que iba a discutir esas expulsiones, en una asamblea para beneficio de las planchas que compiten en las elecciones universitarias. . . !*

(Un estudiante se para y por sobre el barullo general de pitos y aplausos lo increpa.)

ESTUDIANTE: *¡Usted está fuera de orden, compañero!*
ORADOR: *¡Yo no estoy fuera de orden nada. . . !*

(Andrés Barazarte está entre los espectadores. Un par de estudiantes que lo acompañan parecen hacerle comentarios aprobadores sobre lo dicho por el orador. Andrés parece estar de acuerdo.)

ORADOR: *¡Ahora que por fin me dieron la palabra yo tengo que hablar! ¡Las planchas que convocaron esta asamblea sabían muy bien lo que hacían! . . .*

(Andrés Barazarte voltea hacia un grupo de jóvenes que, obviamente son partidarios del orador. Delia está allí. En algún momento Delia voltea y sus miradas se cruzan y se mantienen por segundos. Delia vuelve a prestar atención al discurso y Andrés la observa por algún tiempo más.)

ORADOR: ... ¡siguen trabajando a espaldas del estudiantado para manejarlo con sus oscuros fines...!

(Hay aplausos y pitos. El ambiente se hace cada vez más provocador.)

ORADOR: ¡Aquí los compañeros que han hablado se han ocupado de todo, de todo menos de las expulsiones! Yo tengo que decir en nombre de mi organización, que esto es una patraña electorera y que estas elecciones universitarias no se nos diferencian en lo más mínimo, pero en lo más mínimo, del carnaval electorero y demagógico del país!

(Los estudiantes presentes estallan en pitos y aplausos. Todos están eufóricos. Andrés aplaude, serio.)

ORADOR: ¡Nosotros no participamos en estas elecciones universitarias, compañeros, por las mismas razones que no participamos en las elecciones del país... porque son la misma vaina, compañeros...!

(Parece, por el grado de euforia y tensión, que fuera a producirse una gran pelea a golpes. Hay pitos, gritos.)

ORADOR: ¡Y si ustedes pretenden seguir engañando al estudiantado (hace un gesto refiriéndose a la mesa de debates) y confundiéndolo como con esta asamblea, están equivocados...! ¡Los estudiantes vamos a responder drásticamente a la agresión hecha por las expulsiones, y no vamos a votar por sus planchas que son la representación más cabal de la descomposición brutal que vive el país desde hace años...!

(Todo el auditorio está en plena efervescencia. Alguien se para con la intención de pelear, y lo atajan. Andrés aplaude y mientras lo hace, observa a Delia que grita apoyando al orador.)

1978. *Sastrería. Interior. Delia.*

(Delia y Andrés esperan a Jaramillo en la sastrería. Este entra, por fin.)

JARAMILLO: *Bueno, creo que la cosa se calmó. Ya pueden salir, aunque... es mejor que los acompañe hasta abajo, no ve que a mí me conocen...*

DELIA: *No, Jaramillo, la policía no vive aquí, ésa no conoce a nadie.*

JARAMILLO: *No, pero es mejor, es mejor. Vamos a hacer una cosa: vamos a coger unos fluses de esos y nos los llevamos como si los fuéramos a entregar a alguna parte. Ala, como si me estuvieran ayudando... Agarre aquellos.*

(Jaramillo les señala de dónde tomar unos fluses, y Delia y Andrés se paran y los descuelgan. Se los reparten.)

JARAMILLO: *Vámonos.*

(Ya en la puerta de la habitación, a punto de salir, Jaramillo detiene solemnemente a Andrés poniéndole una mano en el hombro. Andrés no se mueve.)

JARAMILLO: (Con su mejor tono retórico) *Yo no sé cuándo regrese a mi patria, ala, pero si sé que ustedes son el futuro de este país... Ustedes son como una semilla luminosa sembrada en el surco triste de la barbarie...*

(Delia lo interrumpe, fastidiada. Andrés lo mira, atónito.)

DELIA: *Sí, sí, Jaramillo, pero eso se lo cuenta después, vámonos ahora...*

JARAMILLO: (Convencido de que ahora tampoco es el momento.) *Bueno, sí, vamos entonces, pues...*

1978 *Calle de la sastrería. Exterior Día.*

(Salen los tres con los fluses. Jaramillo, adelante.)

JARAMILLO: (Después de ver si no hay peligro) *Vamos.*

(Caminan despacio, tratando de parecer naturales. Al cruzar una calle se oyen unos tiros. Unos jóvenes los pasan corriendo en dirección contraria. Suenan tiros más cerca.)

Delia suelta los fluses y corre, Andrés hace lo mismo, pero Jaramillo se queda en el sitio.)

DELIA: *¡Corran, corran...!*

(Andrés y Delia llegan a la esquina, Jaramillo les grita.)

JARAMILLO: *¡No corran que es peor...!*

(Suenan otros tiros y Andrés se detiene y voltea. Queda paralizado. Delia se devuelve para halarlo y sacarlo de su estupor. A veinte metros, los trajes de Jaramillo, dispersos y manchados, semejan otros cadáveres alrededor del suyo.)

1978 *Autobús, Interior, Día.*

(Andrés intenta salir de aquel ingrato recuerdo. El autobús continúa su marcha.)

Fines de siglo. Alrededores de iglesia rural. Exterior, Día.

(Se escuchan disparos. La plaza, frente a la iglesia, está llena de cadáveres dispersos. Es el final de una escaramuza entre godos y liberales. Algunos francotiradores godos se han metido dentro de la iglesia y apostado en el campanario, de manera que resulta difícilísimo sacarlos u obtener que se rindan. Movidos, más por la desesperación que por un afán guerrero, causan sin embargo, suficientes bajas en el bando liberal. Se dispara desde los techos, las ventanas, el propio campanario. Abajo, se hacen todos los esfuerzos por capear la lluvia de balas y tratar de tomar la iglesia. Adelantan hombres a caballo, se avanza a pie, pero sólo se logrará llegar hasta el borde de la plaza. Cruzar la calle y tratar de derribar las gruesas puertas del templo, es, sencillamente, suicida. La tropa amarilla comenta la evidente dificultad.)

SOLDADO: (Disparando, cuando una bala casi se lo lleva.) *¡Esa iglesia sí es jodida!*...

(En medio del tiroteo, se ve a lo lejos a un grupo armado que se acerca a caballo. Es León Perfecto y un grupo de 20 que, dando por ganada la batalla, habían salido en persecución de una parte de la caballería enemiga. Victo-

rioso de esa tarea, capturadas algunas armas y caballos, León Perfecto regresa ignorante de lo que ocurre ahora frente a la iglesia. Un soldado de la retaguardia sale al camino para cortarle el paso.)

SOLDADO: *¡Mi general, mi general, los que quedan se metieron en la torre y no hay cómo sacarlos, mi general. Ya nos mataron a Cipriano y a cuatro más!*

LEÓN PERFECTO: (Casi sin pensarlo) *¡Vamos!* (Y avanza a galope tendido hacia la iglesia.)

(León Perfecto y su gente llegan hasta un bajo desde donde se observan las acciones. Desmontan y antes de acercarse a la línea de fuego, León Perfecto observa goloso, seguro y exitado.)

LEÓN PERFECTO: *¡Ab, Blanco Ernesto, no son bastantes los que matamos hoy. Hay más. Pero van a tener que morir, carajo. Ellos no son como las cucarachas... Se van a tener que morir, nojoda!... ¡Vámonos!*

(Llegan, entonces, a un callejón que atrinchera a una decena de liberales, exactamente al borde de la plaza.)

LEÓN PERFECTO: (A un lugarteniente que lo acompaña) *¡Vente, viejo!* (A un soldado que dispara a la iglesia) *¡Qué han hecho los muy gusanos!, ¿ab?*

SOLDADO: *¡Tienen rato, mi general, cada vez que alguien se asoma... mire a Adriano!* (Herido, en el suelo, un soldado no deja de quejarse.)

(León Perfecto se desplaza en dirección un poco más segura.)

LEÓN PERFECTO: *¡Vénganse, vamos a ver si esos angelitos no se nos salen de la iglesia!* (Está ahora en un sitio más cercano a la iglesia pero guarnecido del fuego enemigo.) *¡Tú y tu gente, por detrás...!* (A un lugarteniente) *¡Oye, tú, préndete una vaina y métele candela a la iglesia por allá, por aquel lado!*

(El soldado improvisa una antorcha con un palo, un pa-

ñolón, y de una tapara saca aceite para empaparla. La enciende y mientras sus compañeros hacen fuego a discreción, sube corriendo hacia la plaza.)

LEON PERFECTO: *¡Ustedes, véngase conmigo...!* (Y corre hacia un lateral, dispuesto a proteger al soldado de la antorcha y a preparar un ataque decisivo.)

(El soldado logra llegar hasta una pared de la iglesia. Sus compañeros de la plaza han avanzado para cubrirlo y el fuego es cerrado. Unos caen heridos. Otros, muertos. También muere uno que otro godo. El soldado dispara hacia adentro de una ventana y mata al godo que la defendía.

Lanza, entonces, la antorcha y comienza el incendio. Los liberales avanzan parapeteándose detrás de lo que pueden. Disparan permanentemente y caen abatidos por el plomo enemigo. Comienza a salir humo por la torre del campanario. Se advierte fuego adentro. Por detrás de un godo que dispara desde una ventana, pueden verse claramente las llamas que comienzan a hacer estragos. Los liberales, estimulados, disparan y avanzan. León Perfecto, desde un lateral, se prepara para el asalto.)

LEON PERFECTO: *¡Así!, ¡atragántenlos de plomo...!* (Y seguido de unos siete de sus hombres, atraviesa la calle, disparan y patean la puerta de la iglesia hasta que abre, y penetran en su interior. Mientras, en una casa muy cercana, desde donde se avista el asedio al templo, un sacerdote, rodeado de cuatro beatas, contempla incrédulo el incendio. El rostro del cura está desfigurado por un odio y una indignación en ningún modo santos.)

CURA: *¡Santo Dios, maldice a los que atacan tu casa y bendice a los que ahora en ella se defienden... Maldice a los sacrílegos liberales...!*

BEATAS: *Amén...*

CURA: *¡Huérfanos se vean y sus mujeres viudas...!*

BEATAS: *Amén...*

CURA: *¡El sol se les oscurezca de día y la luna de noche!*

BEATAS: *Amén...*

(A todas estas, el combate ha continuado y los godos comienzan a tratar de escapar por puertas y ventanas para caer irremediabilmente fusilados por la tropa liberal que los espera afuera. El humo, el fuego y sobre todo León Perfecto Barazarte, los hacen huir.)

CURA: *¡Que anden mendigando de puerta en puerta y no ballen quien bien les haga!*

BEATAS: *Amén...*

CURA: *¡Que mueran las ánimas de los excomulgados y desciendan al infierno!*

BEATAS: *Amén...*

(Los últimos godos salen por entre el humo para hallar la muerte en la misma puerta de la iglesia. Por detrás de ellos, una figura comienza a avanzar lentamente. Es León Perfecto que sabe que ya no hay enemigo vivo.)

LEON PERFECTO: (Desde dentro de la iglesia, apenas divisado en la humareda.) *¡Ya está, ya está...* (Y sale a la puerta de la iglesia para contemplar la victoria y ser aclamado por su gente. La tropa prorrumpe en vivas y gritos exaltados: viva el general León Perfecto, vive el partido liberal, etc.)

Fines de siglo. Alrededores de la iglesia. Exterior. Noche.

(En el corredor exterior de una casa lugareña, León Perfecto y sus hombres de confianza, descansan. Un hombre canta y se acompaña con su cuatro. León Perfecto, de ruana, fuma y piensa en silencio. A su alrededor, sentados y parados, algunos hombres se pasan la botella de aguardiente. El ambiente es esa triste tranquilidad que sucede a las batallas. Pasan unos borrachos acompañados de mujeres. El trotecito de un caballo.)

CANCION:

*Amanece y oscurece sin darle tiempo a mi lanza.
Mi lanza tiene una pena que sólo tu alma conoce.*